

12.1. *La comunidad doméstica*

El humán no puede vivir aislado. Sólo en comunidad satisface sus necesidades, se desenvuelve y actualiza plenamente su forma. Quien vive aislado puede ser una bestia o un dios, pero no un humán.

Todo comunidad tiende a su fin. Y la comunidad más elemental, que es la comunidad doméstica, tiende al fin más elemental, que consiste en la satisfacción de las necesidades cotidianas. El saber práctico que tiene la comunidad doméstica o casa (*oikos*) como objeto es la *oikonomía*, la economía.

La casa o comunidad doméstica es una comunidad compuesta de elementos heterogéneos, de humanos de diversa edad, sexo y condición. Pero no es un mero conglomerado, en que cada elemento vaya a su aire, sino una unidad natural u orgánica, orientada a un fin propio, que es su bien, y en que la función de cada elemento está subordinada a la del conjunto. Por eso ha de haber un elemento rector. «En todo aquello que consta de varios

elementos y llega a ser una unidad "común... aparecen siempre el rector y el regido»¹. Todas las unidades naturales presentan esa división de funciones, al menos en la medida en que funcionan bien, conforme a su naturaleza, y no están enfermas o pervertidas. Así, el animal es un compuesto natural de alma y cuerpo, donde el alma es por naturaleza el elemento rector, y el cuerpo, el regido. Incluso en el alma humana podemos observar una división interna natural, en la que la inteligencia es la que manda y el apetito, el que debe obedecer.

El elemento rector de la comunidad doméstica es el hombre libre adulto, el dueño de la casa. Los elementos regidos son la mujer de la casa, los infantes y los esclavos. Las relaciones de dominio del dueño de la casa con estos otros miembros de la comunidad doméstica son naturales, pero distintas. El es marido de su mujer, padre de sus infantes y amo de sus esclavos.

La relación de marido a mujer es natural, no convencional. En todas las especies animales el macho y la hembra se unen por su tendencia natural a reproducirse. Del mismo modo tienden a unirse el hombre y la mujer con vistas a la generación, y ello no ocurre en virtud de una decisión, sino por naturaleza. Una vez constituida así la unión de ambos, en la naturaleza del hombre está el asumir la dirección de la pareja, y en la de la mujer el someterse a ella. «Tratándose de la relación entre macho y hembra, el primero es superior y la segunda inferior por naturaleza; el primero rige, la segunda es regida»².

La relación del padre con sus infantes es igualmente natural y se parece a la relación de los antiguos reyes con sus súbditos. El rey era de la misma estirpe que sus súbditos, pero más venerable que ellos. Así también el padre es de la misma estirpe que los hijos, pero de más edad y prudencia que ellos, y así destinado por naturaleza a dominarlos por su propio bien.

¹ *Politiká*, I, 1254 a 28.

² *Ibid*, 1254 b 13.

Más problemática parecía la relación del amo con sus esclavos, que sofistas y cínicos consideraban convencional. Aristoteles dedica el primer libro de la *Política* a establecer que esta relación es natural.

En toda comunidad doméstica ha de haber quien prevea las necesidades y dé las órdenes oportunas, y quien lleve a cabo esas órdenes. «El que es capaz de prever con el pensamiento es naturalmente jefe y señor, y el que puede ejecutar con su cuerpo esas previsiones es súbdito y esclavo por naturaleza; por eso, el señor y el esclavo tienen los mismos intereses»³. En efecto, si ambos cumplen bien su función, todos verán satisfechas sus necesidades cotidianas, lo cual constituye el fin de la comunidad doméstica.

El dueño de la casa tiene la responsabilidad de que la comunidad doméstica alcance su fin, ha de cumplir con su función, ha de realizar su obra. Pero para realizar su obra —que en definitiva es la vida y el bienestar— necesita instrumentos. Los instrumentos pueden ser inanimados o animados. Así, el timonel de la nave utiliza el timón como instrumento inanimado y el vigía de proa como instrumento animado. En general, hay instrumentos de producción o herramientas —como la lanzadera, que sirve para tejer telas— e instrumentos de uso o posesiones —como el vestido, que sirve para ponérselo—. El fin de la producción es algo extrínseco a ella misma, el producto. El fin de la acción es ella misma. La vida es acción. Y el dueño de la casa necesita instrumentos para la acción. Los esclavos son precisamente los instrumentos animados de que dispone el dueño para la acción, por eso le pertenecen y forman parte de sus propiedades.

El esclavo por naturaleza carece de la inteligencia adecuada para conocer y ordenar las cosas con prudencia y sabiduría. Sólo dispone de su fuerza corporal, como los animales domésticos, de los que se diferencia porque posee alguna inteligencia, la suficiente para entender y

³ *Ibid*, 1252 a 31.

acatar las órdenes. «Todos aquellos cuyo rendimiento es el uso del cuerpo, y esto es lo mejor que pueden aportar, son esclavos por naturaleza, y para ellos es mejor estar sometidos... Pues es naturalmente esclavo el que es capaz de ser de otro (y por eso es realmente de otro) y participa de la razón en medida suficiente para reconocerla, pero sin poseerla, mientras que los demás animales no se dan cuenta de la razón, sino que obedecen a sus instintos. En la utilidad difieren poco: tanto los esclavos como los animales domésticos suministran lo necesario para el cuerpo. La naturaleza quiere sin duda establecer una distinción entre los cuerpos de los libres y los de los esclavos, haciendo los de éstos fuertes para los trabajos serviles y los de aquéllos erguidos e inútiles para tales menesteres, pero útiles en cambio para la vida política»⁴. Y si los cuerpos ya se diferencian, mucho más las almas.

Ahora bien, los que atacan la institución de la esclavitud como convencional tienen algo de razón. En efecto, «esclavo» se dice de dos maneras: por naturaleza y por ley o convención. A veces —como consecuencia, por ejemplo, de una guerra entre helenos— hombres que por naturaleza son libres y hechos para el mando y la política caen prisioneros y son reducidos al *status* de esclavos. Tienen cuerpo y alma de libres, pero por convención y ley de guerra pasan a ser esclavos. Lo mismo ocurre con los libres. Hay quien legalmente anda libre por ahí, pero cuya falta de inteligencia y prudencia lo hace ser esclavo por naturaleza. En general, los helenos son libres por naturaleza, mientras que los bárbaros son esclavos por naturaleza. Lo natural sería que los griegos dominasen a los bárbaros y que los bárbaros fuesen sus esclavos, aunque no quisieran. Por eso «el arte de la guerra... debe utilizarse frente... a los hombres que, habiendo nacido para ser regidos, no quieren serlo, porque esta

⁴ *Ibid*, 1254 b 18.

clase de guerra es justa por naturaleza»⁵. Incluso puede decirse «que bárbaro y esclavo son lo mismo por naturaleza»⁶. Con estas ideas en la cabeza, es de suponer que Aristoteles animara a su pupilo Aléxandros Megas en sus designios de conquista de Asia.

En la antigüedad la esclavitud era una institución universal. Aristoteles parece haber tenido una vida doméstica muy satisfactoria. Fue feliz con sus dos mujeres y cordial con sus esclavos. En su testamento concede la libertad a algunos de estos últimos y determina que los hijos de sus esclavos no sean en ningún caso vendidos, sino que sirvan a sus herederos hasta que lleguen a adultos, en cuyo momento se les dará la libertad. Aristoteles dice también que «el amo y el esclavo que por naturaleza merecen serlo tienen intereses comunes y amistad recíproca»⁷, y que «se equivocan los que no dan razones a los esclavos y declaran que sólo debemos darles órdenes»⁸. Sería no sólo anacrónico, sino también un poco farisaico, enjuiciar demasiado severamente a Aristoteles por su defensa de la esclavitud. De hecho los esclavos eran los servidores domésticos y hasta hace poco lo normal en nuestra sociedad era que todas las familias de clase media tuvieran sus criadas, que no se diferenciaban tanto de los antiguos esclavos. La vida de los esclavos que trabajaban en las minas sí que era muy dura, pero también lo era la de los mineros y obreros del siglo pasado. Si hoy hemos podido eliminar esas lacras sociales, ello se ha debido más al progreso técnico que al moral. En gran parte hemos sustituido los esclavos por las máquinas. Ya el mismo Aristoteles había pensado en tal posibilidad. «Si todos los instrumentos [inanimados] pudieran cumplir su cometido obedeciendo las órdenes de otro o anticipándose a ellas..., si las lanzaderas tejieran solas..., los amos no necesitarían esclavos»⁹.

⁵ *Ibid.*, 1256 b 23.

⁶ *Ibid.*, 1252 b 9.

⁷ *Ibid.*, 1255 b 12.

⁸ *Ibid.*, 1260 b 5.

⁹ *Ibid.*, 1253 b 33.